



ISSN 0329-1588

LA BIBLIOTECA

revista fundada por Paul Groussac

Mitológicas

Mauricio Kartun
Beatriz Sarlo
Dardo Scavino
Américo Cristófalo
Damián Tabarovsky
Carlos Gamberro
Marcelo Percia
Gustavo Varela
Fermín Rodríguez
Claudio Martyniuk
Silvia Rivera Cusicanqui
Ezequiel Adamovsky
Omar Acha
Pablo Stefanoni
Ana Longoni
Marcos Zangrandi
Diego Picotto
Emilio Sadier
María Victoria Pita
Diego Galeano
Agustín Valle
Tania Diz
Graciela Goldchluk
Valentín Díaz
Lara Segade
Norberto Pablo Cirio
Ezequiel Gatto
Guillermo Giampietro
Belén Janjetic
Isabelino Siede
María López García
Alberto Filippi
León Rozitchner
David Viñas

12

Presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura Jorge Coscia

Director de la Biblioteca Nacional Horacio González

Subdirectora de la Biblioteca Nacional Elsa Barber

Dirección de Cultura Ezequiel Grimson

Área de Publicaciones Sebastián Scolnik, Horacio Nieva, Juana Orquin, María Rita Fernández,
Alejandro Truant, Ignacio Gago, Gabriela Mocca, Yasmín Fardjoume,
Juan Pablo Canala, Griselda Ibarra

Diseño Editorial Alejandro Truant

Agradecimientos Inés Girola, Nicolás Rubio, Marcelo Huici, Área de Comunicación, Área de Diseño Gráfico,
Museo del libro y de la lengua, Archivo y Colecciones Particulares, Sala del Tesoro

Prensa Amelia Lafferriere

La Biblioteca, revista fundada por Paul Groussac en 1896, es una publicación de la Biblioteca Nacional de la República Argentina. ISSN N° 0329-1588
Agüero 2502, 3er piso (C 1425 EID), Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Tel.: (54-11) 4807-6778 | ediciones.bn@gmail.com | www.bn.gov.ar

Impresión Al Sur Producciones Gráficas S.R.L. Wenceslao Villafañe 468 (C 1160 AEJ), Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (54-11) 4300-7767

Distribución La Periférica Distribuidora. Tel.: (54-11) 4301-3305 | perifericadistribuidora@gmail.com | www.la-periferica.com.ar

Distribuidora Sin Fin. Rincón 1407 (C 1251 ACE), Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (54-11) 4308-1813

Distribuidora Jaqueline. Salta 781 (C 1074 AAO), Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tel.: (54-11) 4383-5888

ÍNDICE

3 Editorial

Conferencias

- 8 • **Fragmentos de Villaguay.** *Por Jorge Luis Borges*
- 14 • **La cruz del fin del mundo.** *Por León Rozitchner*
- 28 • **El teatro como lugar de reciclado poético de la oralidad.** *Por Mauricio Kartun*

Viñescas

- 48 • **Entre la murga de los derrotados y la perseverancia micropolítica.** *Por María Pia López*
- 54 • **“Un poco de bondad”: una cárcel, dos prisiones.** *Por Marcos Zangrandi*
- 60 • **Un poco de bondad.** *Por David Viñas*
- 68 • **Un Viñas inédito.** *Por Andrés Tronquoy*
- 76 • **Mansilla entre Darío y Proust.** *Por David Viñas*
- 82 • **Mansilla y Viñas: desvelos de archivo.** *Por Juan Pablo Canala*
- 92 • **La voluptuosidad del lenguaje.** *Por Américo Cristóbal*

Imaginarias

- 100 • **Fuera de campo o la intimidad de Eva.** *Por Beatriz Sarlo*
- 124 • **Platón, el mito y la hegemonía política.** *Por Dardo Scavino*
- 140 • **Intelectuales argentinos.** *Por Horacio González*

Mundanas

- 166 • **Edición y sedición.** *Por Damián Tabarovsky*
- 174 • **Indicios sobre la ciudad de Buenos Aires: mitología multicultural sobre el territorio vivo.** *Por Diego Picotto y Emilio Sadier*
- 182 • **Mitologías porteñas en torno al poder policial. Policía, contravenciones y gestión de ilegalismos en la Ciudad de Buenos Aires.** *Por María Victoria Pita*
- 210 • **La invención del cuento del tío.** *Por Diego Galeano*
- 236 • **Cuando ladran los fantasmas (Mitología incompleta del tango).** *Por Gustavo Varela*
- 246 • **Un verdadero mito.** *Por Agustín Valle e Ignacio Gago*

Prosas

- 258 • **Borges, Homero y el inicio de la escritura.** *Por Carlos Gamerro*
- 268 • **El azar como figura de emancipación en *La Lotería de Babilonia*.** *Por Marcelo Percia*
- 292 • **El teatro del espíritu nacional: comedia de cuatro actos.** *Por Fermín Rodríguez*
- 310 • **Del elogio a la injuria: la escritora como mito en el imaginario cultural de los 20 y 30.** *Por Tania Diz*
- 332 • **Manuel Puig: el suceso de la escritura.** *Por Graciela Goldchluk*
- 344 • **Mapa del Imperio. Néstor Perlongher y el Barroco.** *Por Valentín Díaz*
- 358 • **María Pia López y Gustavo Ferreyra, novelistas.** *Por Horacio González*

Historiográficas

- 368 • **La memoria como tótem.** *Por Claudio Martyniuk*
- 388 • **Mito, olvido y trauma colonial. Formas elementales de resistencia cultural en la región andina de Bolivia.** *Por Silvia Rivera Cusicanqui*
- 402 • **Ernesto Quesada, el indianismo arqueológico y las mitologías sobre Tiwanaku.** *Por Pablo Stefanoni*
- 412 • **El más grande mito de la historiografía.** *Por Omar Acha*

- 422 • **La clase media en la historia argentina: mitos y realidades.** *Por Ezequiel Adamovsky*
- 436 • **Las islas Malvinas como frontera de la nación (1833-2000).** *Por Lara Segade*
- 458 • **Del sueño de la Argentina blancaeuropea a la realidad de la Argentina americana: la asunción del componente étnico-cultural afro y su (nuestro) patrimonio musical.**
Por Norberto Pablo Cirio

Estéticas

- 476 • **Qué hacer con *Tucumán Arde*.** *Por Ana Longoni*
- 490 • **“Podría ser así, o quizá todo lo contrario, o nunca existió”. Futura: diseñando una utopía sensible.** *Por Ezequiel Gatto*
- 512 • **Cucaño y la Intervención de la Iglesia.** *Por Guillermo Giampietro*

Paideias

- 524 • **Miradas sobre el enseñar y el aprender hoy.** *Por María Belén Janjetic e Isabelino Siede*
- 534 • **Tú me quieres blanca. El mito de la pureza lingüística en la escuela argentina.**
Por María López García

Filípicas

- 554 • **Argentina y Europa. Visiones españolas: ensayos y documentos (1910-2010).**
Por Alberto Filippi

Editorial

Mito e historia

En el día de hoy los diarios dan la noticia de que se han encontrado nuevos documentos sobre la Batalla de Obligado. Cartas de Rosas, Mansilla, capitanes de puerto, intendentes del lugar. Evidentemente, esa batalla ha sucedido hace más de un siglo y medio y constituye una pieza ideológica fundamental de la memoria argentina. Como todo episodio histórico que el presente recorta con una intelección especial, esa batalla se haya muy cerca en el debate de ideas y muy lejos en su estuche de tiempo, ese tiempo real y distante en el que con fatalidad calendaria ha ocurrido. Los papeles que aparecen en intendencias, juzgados o armarios abandonados de oficinas localizadas en la región aledaña a San Pedro, de repente nos tornan al pasado más vivo. Son sólo papeles, pero el acto de que aparezcan, más allá del contento de los felices hurgadores, significa un fugaz acercamiento del pasado al presente. Como son papeles dispersos, ajenos a la sistematicidad que el historiador profesional quiere ver en los hechos, surge de ellos un fragmento suelto o un detalle no ignorado pero reaparecido con la causalidad del hallazgo –un envío de vacas a la zona de combate, la dificultad de los abastecimientos, el avistaje de tal o cual corbeta, sucesos todos truncados e inconclusos–. Surgen como hechos novedosos que pueden cargar sobre sí la totalidad ya conocida de las cosas.

Hace muchos años, el historiador Robert Darnton pudo desempolvar los papeles de una imprenta donde se imprimían folletos insurgentes de la Revolución francesa. No era un descubrimiento en archivos convencionales, sino la exploración de un recinto que había quedado inmunizado del tiempo. Clausurado en un momento contemporáneo a la Revolución, podía testimoniar cómo estaban las cosas en el mismo instante en que los panfletos que se imprimían incumbían al propio tiempo en que ocurrían los eventos revolucionarios, tiempo en bruto, despojado de toda interpretación que no sea la de sus coetáneos.

La historia es reacia a que los documentos que viscosamente se desprendan de ella, puedan ser el vehículo esencial para registrarla. Sin embargo, aquello que puede rechazar por sentirse completa en sí misma –como si hubiera nacido hegeliana para siempre– es casi lo único que sobrevive dificultosamente para referirla. Por eso el tenue fetichismo del archivero y el fervor cándido del bibliotecario son esenciales. Se los entiende, a unos y otros, en el deseo de que los mendrugos que poseen –siempre incompletos y con la amenaza permanente de que nunca se conocerá lo perdido o lo destruido por el tiempo o los hombres– sean pedazos escogidos a partir de los cuales se pueda reconstruir el todo. Pero para que tal milagro se consume es necesario que haya un saber que de buen grado denominaríamos metonímico, es decir, que haga resaltar la parte como un ente capaz de hacer descansar sobre sí una totalidad que no puede ser más que imaginaria. De ahí el atractivo de que un pedazo apenas sobrevivido de cualquier papel antiguo permita o desencadene una serie de hipótesis que tienen su fuerza en lo improbable e incierto. En muchos cuentos de Borges aparecen papeles inconclusos en el interior de libros olvidados, que relatan historias ignotas o maravillosas. En “Tema del traidor y del héroe” encierra un modelo completo de investigación, donde hay crónicas de época, actas y otros documentos contemporáneos al episodio investigado. Pero son documentos apócrifos, lo que hace del método un sinónimo de inversión de la verdad. El método es un antimétodo y la conclusión no puede darse a conocer.

Esta ética historiadora puede ser considerada pariente próxima del mito, es decir, del saber sobre un acontecimiento que deja intactos sus vacíos e incapacidades de extenuarlo con los sistemas conocidos.

No son los mitos relatos ajenos al proceder de quien desea saber cómo fueron las cosas del pasado. Los mitos son discontinuidades del pensar, donde existe la sospecha de que algo que parece nuevo tiene su engarce en situaciones arcaicas, cuya amenaza repetitiva se conjura suponiendo que somos otros cada vez. Legítima suposición que lleva a un tipo de escritura histórica totalmente munida de la corrección del historiador documentado, sin que por ello se deba abandonar la sombra que persigue a este modo historiador. Es la sombra del mito, que hasta sin percibirse se halla en grandes escritos como *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de Fernand Braudel, donde es necesario un trabajo adicional para alojar el tiempo del presente en la saga de la larga duración.

El mito es lo aún no pensado sobre el documento real, sobre el sí mismo del investigador, sobre la escritura que parece agotar el tema y sobre las inhábiles totalidades que creemos descubrir con nuestros lenguajes previsibles. Nada impropio hay en tales previsibilidades, pues todo intercambio intelectual —y todo intercambio que postule su don como acto de entrega colaborativa—, se basa en pequeños acordes aceptables que se agregan a todo lo dicho. Al postular el mito como lo que precede toda expresión ingenua, ya sea para aludir a cómo se repite, a cómo se fragua o a cómo hace pensar una porción de lo real aislada por comodidad del hablante (a fin de intuirlo mejor), modificamos todo lo dicho en varios sentidos. Percibiendo como novedad documentos encontrados por más triviales que sean, o imaginando que repentinamente se sellan las puertas de nuestra vida cotidiana, como si una lava candente irrumpiera en los hogares deteniendo todo de una vez y el historiador futuro encontrara inmóvil nuestros roperos, heladeras, tazas de café y nuestros propios cuerpos sometidos al horror de un cese repentino. Esa detención del tiempo en una parte parcial del mundo, cuyo modelo magistral son las ruinas de Pompeya, constituye también una imposibilidad de la historia. Aun como osaturas fijas sosteniendo nuestros tazones del desayuno inmóvil ocurrido siglos antes, no convenceríamos al historiador de que así fue el pasado.

El pasado es este presente en el que lo que dejamos impreso, es la parte equivalente a lo que se deja escapar. Hay mito porque existe el intento de saber si lo que aprehendemos no es lo que se ha escapado y si lo que se ocultó de nosotros es lo que realmente sabemos. Algunas de estas cuestiones se tratan en el presente número de esta revista de la Biblioteca Nacional, que persiste, en condiciones lógicamente diferentes, en la tarea de quienes han invocado y persistido en ese nombre antes que nosotros.

Horacio González
Director de la Biblioteca Nacional

Las islas Malvinas como frontera de la nación (1833-2000)

Por Lara Segade

Desde la ocupación inglesa de las Islas Malvinas en 1833, la cuestión insular formó parte de los distintos discursos que procuraron propagandizar la existencia de un cuerpo nacional unificado. La curiosidad de los viajeros a lo largo del tiempo, las descripciones que surgían de sus crónicas y relatos, los discursos oficiales e, incluso, las tentativas de reflexiones críticas siempre incluyeron a Las Malvinas como parte constituyente de la Nación, considerando su ocupación como un fenómeno de carácter temporal. Así lo manifestaron también las épicas de los aventureros y expedicionarios que abordaron las islas, como parte de propuestas políticas antiimperialistas. Estas percepciones se ven trastocadas por el acontecer de la guerra en 1982. A partir de la tragedia que sobrevino, no fue posible sostener, sin más, el imaginario de la recuperación heroica o la reconquista belicista. Apenas si pudo sortearse el silencio y elaborar lo ocurrido. Y para ello fueron tan imprescindibles las intervenciones polémicas de Rozitchner, como las novelas de Fogwill y Gamberro.

En este trabajo, Lara Segade propone un recorrido por tres momentos ineludibles del relato histórico, en los que se entran las Malvinas y la Nación, con el objeto de analizar de qué modo la guerra es incluida en él y, a la vez, lo modifica: el siglo XIX, 1910 y las postrimerías del siglo XX. Tres momentos, tres coyunturas que revisan, de manera epocal, el conflicto de un territorio desbordado por sus significados históricos y los imaginarios nacionales.

Introducción

Desde que en 1833 las Malvinas fueron ocupadas por Inglaterra, algunos de los relatos que durante el siglo XIX contribuyeron a la conformación de la nación como una “comunidad imaginada”,¹ incluyeron algún tipo de referencia a las islas. Las Malvinas son vistas y, por lo infrecuente de los viajes, sobre todo imaginadas, como una parte constitutiva de la Argentina usurpada temporariamente. En este sentido, muy temprano se establece el vínculo entre las representaciones de Malvinas y las de la nación a las que las Malvinas pertenecen o deberían pertenecer.

A partir de la guerra de 1982, Malvinas comienza a significar “guerra” antes que “islas”:² el paisaje se vuelve cada vez más un paisaje bélico y la cuestión de la soberanía ya no puede pensarse separadamente. En este marco, se producen un conjunto de relatos que buscan otorgar un sentido al conflicto, ya sea desde la experiencia o desde la imaginación. Para eso, muchos vuelven a las representaciones existentes de las islas, que son ahora reformuladas en relación con la guerra y, en este sentido, pueden asociarse con los relatos que, durante la posdictadura, intervienen en el presente reescribiendo el pasado, en especial “los orígenes de la fundación nacional.”³

Si pensar Malvinas ya era pensar la nación y pensar, también, en una falta, ahora además será pensar en una guerra que, por las múltiples complejidades que entraña, se resiste a ser insertada en el relato más amplio de la nación. En efecto, la guerra de Malvinas constituye un hecho incómodo. Fue llevada a cabo por la dictadura más sangrienta de la historia argentina pero fue, al mismo tiempo, una

acción popular que recibió múltiples apoyos, pues respondía a un reclamo histórico de soberanía. Esto llevó a que incluso las acciones en Malvinas fuesen esgrimidas como argumentos defensivos o atenuantes por parte de las Fuerzas Armadas durante los Juicios a las Juntas Militares. Por otro lado, la derrota precipitó el advenimiento de la democracia. Suerte de puente entre dictadura y democracia, supuso un obstáculo para los relatos del nuevo orden institucional, que respondió con un conjunto de políticas conocidas como “desmalvinización”. Hechos que significaron un olvido generalizado que afectó, sobre todo, a los soldados conscriptos, en algunos casos con dieciocho o diecinueve años y sin haber completado la instrucción, habían peleado por la patria. Es por eso que, desde el 14 de junio de 1982, se vuelve necesario reformular ambos relatos y también la conexión entre ellos: los de la nación, para hacer lugar en ellos a la dictadura militar y a su corolario bélico y los de Malvinas, para hacer lugar en ellos a la guerra.

En las páginas que siguen se trazará un recorrido por tres momentos de ese relato en que se entraman las Malvinas y la nación, para ver de qué modo la guerra es incluida en él y, a la vez, lo modifica: el siglo XIX, el comienzo y el fin del siglo XX. De este último momento se abordarán dos obras que recuperan de modos más o menos evidentes los relatos preexistentes de la nacionalidad en su relación con Malvinas, ya sea para reproducirlos o cuestionarlos. En primer lugar, la novela *Las islas*, de Carlos Gamerro (1998), cuya historia, con un argumento policial, transcurre en 1992, durante el décimo aniversario de la guerra. En segundo lugar, la película

Fuckland, de José Luis Marques (2000), donde se cuenta la historia de un argentino que se propone enamorar y embarazar kelpers hasta repoblar, por esa vía, de argentinos las islas.⁴

El siglo XIX: las dos cautivas

En 1879, el mismo año en que se publica *La vuelta de Martín Fierro*, el poeta y dramaturgo Martín Coronado escribe el poema “La cautiva”,⁵ en el que se retoman y reconfiguran, en función de un contexto diferente, muchos de los tópicos y recursos de su antecesor de 1837, el célebre poema de Esteban Echeverría. En ambas composiciones se

Mientras la pérdida se interpreta como una consecuencia de los desórdenes internos, la recuperación promete la unidad y el orden. Así, muy tempranamente las Malvinas se convierten en ese borde que, visto desde afuera, completa, pero visto desde adentro, falta: como señala al inicio de su carta Augusto Laserre, el interés de su descripción reside en “la doble razón de ser ellas [las islas] propiedad de los argentinos y de permanecer, sin embargo, poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños”.

cuenta la historia de una doncella que es tomada prisionera y de un héroe, caracterizado románticamente, que va a rescatarla. En ambas, también, los captores son en realidad dos: los indios primero y el desierto después, en Echeverría; los ingleses y el océano en Coronado. Pero Coronado va un poco más lejos en la personificación del paisaje. Pues si en Echeverría el desierto era uno de los protagonistas junto con María, la cautiva, y Brián, su amado y salvador, en la nueva versión todos los protagonistas son paisajes. El océano mantiene cautiva a esa “tierra que nació argentina”, “Perdida y sola en la

extensión vacía / Con el recuerdo de su amor ausente”, llamándola Falkland en vez de Malвина; y hacia ella se dirigen “las ondas del Platino río / Con la caricia de la patria inquieta”. Se trata de una suerte de “drama geográfico”. En cuanto al héroe, su llegada se enuncia en tiempo futuro: “La Proa del navío / Por el laurel se sentirá sujeta”, la dama en apuros tiembla con “el sueño del rescate”. En este drama histórico que se superpone al geográfico, al poeta le cabe un rol fundamental: “Pero el secreto de la mar ceñuda / En cada oído lo dirá el poeta. / De su lira sonora / Saldrá perenne la canción guerrera / Que marcha voladora, / Como la luz, a despertar la aurora, / Como la chispa, a reventar la hoguera”.

Que el océano reemplace al desierto no es más que una inversión de la equiparación entre pampa y océano que la literatura nacional, entramada con los relatos de viajeros ingleses, realizó a lo largo del siglo XIX.⁶ En ese sentido, podría pensarse que Martín Coronado también recupera algo del espíritu de Echeverría cuando busca en ese paisaje “no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional”.⁷ En un caso y en el otro, la poesía se posa sobre los territorios “vacíos” de la nación y produce en ellos un sentido; es más, los performa. Y es que “no hay espacios vacíos: fue la continua superación de la frontera lo que convirtió un espacio en vacío, abierto a la conquista y a la representación por ficciones territoriales que, saltando por encima del límite entre las palabras y las cosas, hicieron lo que sus enunciados decían”.⁸ La imaginación vacía el espacio y, a la vez, lo convierte en esa “geografía vacante

abierta a la imaginación”⁹ que es el desierto. En efecto, “los proyectos de lo que Tulio Halperín Donghi llamó una nación para el desierto argentino hubieran sido imposibles si previamente la imaginación pública no hubiera hecho el acopio de un desierto para la nación: un bien territorial y textual”.¹⁰ Las grandes extensiones vacías de Malvinas y las pampeanas, en este punto, se parecen; en tanto zonas liminares, de borde o en disputa, llevan “consigo el peso simbólico de completar a la nación misma”.¹¹

También José Hernández se interesó por esos bordes, buscó conocerlos e integrarlos. Tres años antes de la aparición de *Martín Fierro*, tres años antes, también, de que Martín Coronado escribiera “La cautiva”, publicó, en su diario *El Río de la Plata* una carta descriptiva del viaje a las Malvinas del Jefe de la Marina Nacional, Augusto Laserre. En el texto que acompaña la carta, Hernández define a las islas Malvinas como “una parte muy importante del territorio nacional, usurpada a merced de circunstancias desfavorables, en una época indecisa, en que la nacionalidad luchaba aún con los escollos opuestos a su definitiva organización”. Esa usurpación, dice más adelante, afecta la existencia futura de la nación ya que es “como si se nos arrebatará un pedazo de nuestra carne”.¹² Mientras la pérdida se interpreta como una consecuencia de los desórdenes internos, la recuperación promete la unidad y el orden. Así, muy tempranamente las Malvinas se convierten en ese borde que, visto desde afuera, completa, pero visto desde adentro, falta: como señala al inicio de su carta Augusto Laserre, el interés de su descripción reside en “la doble razón de ser ellas [las islas] propiedad

de los argentinos y de permanecer, sin embargo, poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños”.¹³

Paul Groussac: la ciencia contra los extravíos de la imaginación

En el primer centenario de la Revolución de Mayo, un punto de inflexión en el que la Argentina se piensa a sí misma desde el pasado y para el futuro, el francés Paul Groussac elabora, como regalo para su patria adoptiva, un texto que se propone proveer de fundamentos científicos a los reclamos argentinos de soberanía sobre el archipiélago. La monumental obra *Les Îles Malouines*, recién es traducida al español en 1934, por iniciativa del diputado socialista Alfredo Palacios, otro promotor de la causa Malvinas.

Groussac inicia su trabajo sosteniendo que tanto la geología como la botánica “hacen de las islas Malvinas una dependencia natural de la Patagonia”,¹⁴ lo cual se vuelve especialmente visible en una definición de ambos paisajes por lo que les falta, es decir, por su cualidad desértica:

*Todos, desde Darwin, han descrito el carácter desolado de este melancólico paisaje antártico, donde la tristeza de un cielo grávido y lluvioso se une a la desnudez de las cosas. Alternando con colinas de cuarcita y arenisca, extiéndense vastos eriales, sembrados de pantanos y turberas, sin otra vegetación que rudos herbajes (...) La fauna, tan pobre como la flora, también se relaciona con la Patagonia.*¹⁵

Si bien Groussac reconoce que los ingleses han conseguido establecer una

colonia productiva, a pesar de la mala predisposición del terreno, sostiene a continuación que “la ocupación de las Malvinas consideradas como puesto estratégico, ha perdido –por el derrumbamiento del imperio colonial español y las transformaciones profundas de la marina– la poca utilidad que podía ofrecer antes” y que, por otra parte, “como puerto de abastecimiento y carena, Stanley no parece tampoco estar llamado a un muy grande porvenir...”.¹⁶ La lejanía, además, hace que la posesión de las islas resulte más costosa para los ingleses.

En este punto, Groussac cita las observaciones que hizo Darwin a raíz de sus visitas a las islas en 1833 y 1834 a bordo del *Beagle*. En *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Darwin afirmaba por un lado los derechos de Inglaterra sobre las islas, pero, por otro lado, las describía como “una tierra ondulada, de aspecto desolado y triste, cubierta por todas partes de verdaderas turberas y de hierbas bastas: por doquiera el mismo color pardo monótono. Acá y allá un pico o una cadena de rocas grises cuarzosas accidentan la superficie”.¹⁷ Y en cuanto a su excursión por la isla oriental, escribió Darwin:

*... Aparte el punto de vista geológico, nada menos interesante que este viaje: siempre la misma llanura ondulada; siempre el suelo cubierto de hierbas pardas agostadas y de arbustillos insignificantes; todo saliendo de un suelo turboso elástico. En algunos puntos se ven, en los valles, pequeñas bandadas de pájaros salvajes, y es tan blando el suelo, que la gallineta ciega encuentra con facilidad allí el alimento. Fuera de éstos hay muy pocos pájaros.*¹⁸

Al escaso interés económico, viene a sumarse, con la cita de Darwin, una devaluación de las islas en términos científicos, de modo que, se concluye, las islas deben pertenecer a la Argentina, no sólo por contigüidad y por semejanza, sino también porque son tierras inhóspitas e inútiles que, en definitiva, no valen la pena.

Una vez zanjada la cuestión geográfica, el objetivo es examinar “si los hechos de la historia coinciden con los de la geografía”.¹⁹ Esto es, a qué país asisten los derechos en cuanto a dos aspectos: el descubrimiento y la ocupación efectiva. La primera ocupación efectiva, sostendrá Groussac, fue la del francés Bouganville,²⁰ quien en 1767 cedió la posesión a la corona española para que formara parte del Virreinato del Río de la Plata junto con las tierras continentales. De ese modo, con la independencia, las Malvinas pasan a formar parte de las posesiones argentinas y de ellas Inglaterra se apropió por la violencia en 1833. Por lo tanto, si por geografía y por derechos de ocupación la soberanía sobre las islas debiera ser argentina, queda por evaluar la compleja cuestión del descubrimiento, a la cual dedica Groussac el segundo capítulo de su obra. Para ello, y con el objeto de no tomar partido anticipadamente y mantener la imparcialidad, emplea el método científico, esto es, el examen de los documentos históricos. Groussac se ubica a sí mismo y a su obra, fundamento jurídico de soberanía, del lado de la ciencia entendida como verdad. Del otro lado, se ubican los errores y falsedades que el autor se dedica a rastrear en el *corpus* documental, constituido sobre todo por relatos de viajeros de diversas nacionalidades que afirman haber sido los primeros en avistar las Malvinas.

La conclusión de este pormenorizado análisis es que el descubrimiento real de las Malvinas es el que realiza, en el año 1600, el holandés Sebald de Weert.²¹ En cuanto a los viajeros anteriores, Groussac considera, por ejemplo, que la autenticidad de los viajes de Amerigo Vespucci es muy sospechosa: del tercer viaje del florentino, en el que supuestamente se produce el descubrimiento, no quedan huellas escritas en los archivos, sino únicamente su propio testimonio que, además incurre en “errores groseros, que chocan jocosamente con las pretensiones científicas del personaje [Vespucci]”.²² Por lo tanto, quedan dos opciones: “o la carta es obra de un falsario, cosmógrafo y piloto de salón,

que jamás ha hecho la navegación que describe, o bien Amerigo Vespucci era ese hombre”.²³ En cuanto a las anotaciones de Magallanes, el otro explorador invocado por España para argumentar su prioridad por descubrimiento, “no se registra el descubrimiento, ni siquiera fortuito, de las islas Malvinas”.²⁴ Pero tampoco Inglaterra consigue, entre los relatos de corsarios y piratas que recorrieron los mares del sur, alguno que resista un cotejo científico con la verdad. El primer caso es el de John Davis, quien abandona a Cavendish para recorrer los mares por su cuenta y, según el testimonio de John Jane, uno de sus acompañantes, descubrió las Malvinas el 14 de agosto de 1502. El relato, sin embargo,



mueve a la desconfianza pues relata un episodio en que los vientos de una tormenta, ponen al maltrecho barco en su camino como por arte de magia, “la proeza más asombrosa –o la mentira más ingenua– de que los relatos de viaje hagan mención”, una “fábula absurda” que, por otra parte, “no es la única del relato”.²⁵ Esto lleva a Groussac a concluir que “tenemos allí un documento fabricado, falsificado, elaborado *a posteriori* por alguien –Jane o algún otro– que no había participado del viaje que ha trabajado sobre notas o atento al dictado de Davis”.²⁶ La hipótesis que se aventura aquí es que un descubrimiento como este podía justificar la deserción de Davis; si “la expectativa crea su objeto... Es ella, quizás, la que hizo surgir de la mar brumosa estas ‘islas desconocidas’...”²⁷ Finalmente, se analiza el caso de Richard Hawkins, hijo del pirata y negrero Sir John Hawkins, compañero de Drake, quien emprendió un viaje al Mar del Sur en 1593 y, según su propio relato, el 2 de febrero de 1594 descubrió una tierra de la que no había mención. Sin embargo, su descripción “tanto del objeto como de las circunstancias del descubrimiento, encierra rasgos tan contradictorios que ningún lector advertido (...) ha dejado de subrayar”²⁸. Dice el relato de Hawkins, citado por Groussac:

La tierra es una llanura de buen aspecto y poblada; vimos muchas fogatas, pero no pudimos hablar a los habitantes; la época propicia para enfilar el estrecho estaba avanzada y, faltando la chalupa para aterrizar, hubiera sido imprudente acercarse demasiado a la costa con un navío de carga. Esto, con el cambio de viento (bueno para pasar el estrecho), fue

*causa de que no fuéramos más lejos en el conocimiento del país... Tiene grandes ríos de agua dulce; no es montañoso; por el aspecto y el clima templado, recuerda a Inglaterra.*²⁹

A los errores acerca de la latitud de la tierra entrevista, se suman “las falsas apreciaciones materiales”, tan inexplicables que llevan a Groussac a plantearse las siguientes preguntas:

*¿Por qué extraña ilusión un inglés habría podido reconocer en las Falkland el aspecto y el clima templado de Inglaterra? ¿Qué “grandes ríos de agua dulce” ha podido advertir allí desde el mar? (...) ¿Cómo, sobre todo, hablar de habitantes y de muchos fuegos (we saw many fires) encendidos en la costa?*³⁰

Groussac postula, entonces, una alternativa: o se trata de una ilusión –Hawkins confundió las Malvinas con la costa Sur de la Patagonia– o se trata de una mentira –Hawkins se atribuye el “descubrimiento” de Davis–. Sin embargo, la ilusión se descarta porque Hawkins estaba rodeado de gente que observaba con él. La mentira, resulta extraña en tanto a lo largo de veinte años, Hawkins “habría tenido todo el tiempo necesario para hacerla verosímil y quitar las contradicciones groseras”.³¹ Aquí también Groussac aventura una hipótesis de lectura:

*Es muy probable, en efecto, que Hawkins haya tenido ante los ojos la redacción de Jane, el escriba de Davis, y también que, reuniendo sus recuerdos un cuarto de siglo después de los sucesos, haya mezclado sus impresiones un poco turbias de la Patagonia con los datos, no muy claros, de esta lectura.*³²

Así como Davis había creído ver las islas como consecuencia de la expectativa de un descubrimiento que lo salvara, el relato de Hawkins tiene un origen doble: es, a la vez, ilusión y copia. Lo que Groussac descubre al someter a estos textos a un examen científico es que en realidad se escapan del universo de la comprobación empírica. Son otra cosa: ilusiones, falsificaciones, errores, más o menos verosímiles. No se originan en lo real sino, casi siempre, en otros textos o en las sugerencias generadas por otros textos; son, ellas mismas, productivas imaginaciones, generadoras de nuevas percepciones ilusorias. En efecto, no sólo nacen de aquí relatos falsos sobre supuestos descubrimientos de Malvinas, sino también una tierra enteramente imaginaria: las islas Pepys, producto de “los extravíos de imaginación, mentiras o errores de estos viajeros que, ‘procedentes de lejos’, han poblado el océano de tierras e islas fantásticas”, “cuya existencia irreal ha sido tan tenaz que el excelente Angelis, en 1839, esforzándose aún en prolongarla con documentos y cartas probatorias”.³³ La red textual que Groussac encuentra como alternativa ficcional a los descubrimientos científicamente comprobables se superpone así al mapa del archipiélago, duplicándolo fantasmáticamente:

He aquí cómo, sin duda, Davis y Hawkins han podido descubrir las “Malvinas” allí donde no existían. Y, para estos solitarios del océano, se mantiene la eterna obsesión de misterio, tan potente, tan invencible, que, más tarde, la imaginación, desalojada a la vez de las Martin Vaz y de las Falklands por los descubrimientos positivos, transportará unos

*grados al norte de estas últimas su tierra Utopía, inventando estas Pepys inhallables, más conocidas en el siglo XVIII y mejor descritas que si hubieran sido reales. ¡Mucho tiempo aún, ante la proa de los navíos en marcha, los acciones del ensueño irán revoloteando sobre la cima de las olas, jalones de argentada espuma que conducen a islas de niebla!*³⁴

Las islas: el relato disléxico

Casi un siglo después de que Groussac escribiera *Les Îles Malouines*, el historiador Federico Lorenz publica *Fantasma de Malvinas*, mezcla de relato de viaje y libro de historia. En los capítulos sobre la visita al Monte Longdon donde se produjeron algunos de los enfrentamientos más feroces durante junio de 1982, Lorenz cuenta que una serie de cruces adornadas con flores señalan los lugares en los que cayeron soldados británicos; en cambio, “no hay recordatorios que indiquen el lugar donde murieron los argentinos, salvo las voces de sus compañeros que relatan esas muertes veinticinco años después”.³⁵ Durante la recorrida por el Monte Longdon, las voces de los que contaron

En efecto, *Las islas* no es tanto un relato sobre la guerra como una reflexión sobre las posibilidades de recordarla, de nombrarla, de narrarla, bastante después del 82, cuando ya ha corrido agua bajo el puente. A diferencia de lo que pasaba, por ejemplo, con *Los pichiciegos*, donde no sólo se nombraba por primera vez la guerra sino también sus relaciones con la dictadura militar y con “lo ocurrido en las catacumbas del régimen”, aquí lo que aparece como clave de lectura es un “saber sobre las distintas –inadecuadas, inconclusas– representaciones sobre el pasado”.

la guerra también producen un encuentro entre el pasado y el presente. Ahí, parado entre las marcas oscuras que la guerra dejó en el terreno, Lorenz recuerda a “dos poetas que jamás se conocieron: Wilfred Owen, el británico muerto en el Frente Occidental en 1818, y Gustavo Caso Rosendi,³⁶ platense, ex soldado combatiente de Malvinas”.³⁷ Los dos poetas compararon los cráteres en el terreno con heridas en el cuerpo humano; es decir, hablaron del daño de la guerra que, tal como comprueba Lorenz en Malvinas, se disfraza de “hermoso paisaje”. Las palabras trazan puentes entre las épocas, entre las guerras, entre los muertos y los vivos; los relatos se superimprimen en el paisaje, lo envuelven como una niebla, lo pueblan de fantasmas: son ese paisaje invisible que condiciona el visible según reza uno de los epígrafes del libro.³⁸

Las islas. Dirección de Alejandro Tantanián

En 1998, Carlos Gamerro publica *Las islas*, una de las novelas más importantes sobre Malvinas.³⁹ La historia comienza en 1992, cuando el multimillonario Tamerlán contrata a Felipe Félix, ex combatiente y hacker, para que lo ayude a encontrar la lista de testigos de un crimen cometido por su hijo. A medida que la investigación avanza, se va entrelazando con la guerra de Malvinas que Félix se resiste a recordar hasta que, sobre el final, tiene lugar la siguiente escena:

Era el fin de la comedia. En ese momento una mano gigante bajó del cielo y levantándola de una punta, como quien se prepara para sacar una curita, arrancó de un tirón la piel de la ciudad, para revelar debajo el páramo desolado, los pastizales barridos por el viento, los ríos de piedra, las rocas y el barro y los turbales de Malvinas.⁴⁰



En efecto, *Las islas* no es tanto un relato sobre la guerra como una reflexión sobre las posibilidades de recordarla, de nombrarla, de narrarla, bastante después del 82, cuando ya ha corrido agua bajo el puente. A diferencia de lo que pasaba, por ejemplo, con *Los pichiciegos*, donde no sólo se nombraba por primera vez la guerra sino también sus relaciones con la dictadura militar y con “lo ocurrido en las catacumbas del régimen”, aquí lo que aparece como clave de lectura es un “saber sobre las distintas –inadecuadas, inconclusas– representaciones sobre el pasado”.⁴¹ En *Las islas*, las metáforas de Malvinas, las simulaciones de la guerra y las versiones de la historia nacional proliferan, se repiten, se traducen y se renuevan.

La Asociación Virreinal Argentina propone interpretar la invasión inglesa de 1833 como un paso del sionismo internacional en su carrera por la conquista del universo. El plan era que en 1982 los ingleses se retiraran de Malvinas para que la poblaran colonos chilenos e israelíes. De modo que, al impedirlo, Argentina en realidad ganó la guerra. En esta explicación, Chile es una serpiente y las dos islas señalan el fracaso de los huevos que intentó poner sobre nuestras costas. Otras explicaciones sitúan la causa de la guerra en relación con el tesoro virreinal que Sobremonte se llevó en 1806 ante la posibilidad de una invasión inglesa y que, tras una serie de peripecias, llegó a las Malvinas escondido en un tatú carreta.

La historia de la guerra, además, se reescribe a través del simulacro: un combate naval en los lagos de Palermo donde un grupo de ex combatientes intenta invadir la isla

del medio con barquitos a pedal; una lucha de Titanes en el Ring entre un paracaidista inglés y un soldado argentino; una maqueta de Puerto Argentino que quedará detenida en el 30 de abril, el día previo al inicio de los ataques ingleses, hasta que le hayan sido agregados todos los detalles. Sergio, ex compañero de Félix, “tenía pasión por la historia alternativa. Revisaba cada acontecimiento progresivamente, con minuciosidad obsesiva, buscando siempre el nudo a partir del cual las cosas podrían haber sido de otra manera, en cada bifurcación siguiendo siempre un camino distinto al que la historia había elegido. Afirmaba estar trabajando en un libro que se llamaría ‘Mil finales posibles distintos para la guerra de Malvinas’”.⁴²

Durante toda la novela y en relación con el caso policial que lo ocupa, Felipe Félix busca el diario escrito en Malvinas por el Mayor X quien, según cuenta la leyenda, todavía no se rindió. Quien obtenga ese diario “conocerá el secreto de la guerra. Todas las respuestas están en él. Contiene la clave del futuro de las Islas, que es el futuro de la patria”.⁴³ Pero sólo se conserva el fragmento referido a la historia del tatú cordobés en el que viajó a las islas el tesoro virreinal y en cuya búsqueda llegaron no sólo los ingleses en 1833, sino también Charles Darwin:

Desde entonces los intentos por recuperar el tesoro han sido tan frecuentes como infructuosos. El interés por él ha trascendido lo meramente material: se dice que quien recupere el tatú y su contenido tendrá legítimos derechos sobre las islas y hasta entonces la cuestión de la soberanía no podrá

*resolverse definitivamente. Como toda leyenda, esta última no deja de tener su parte de verdad: en base a los cálculos que se han hecho sobre su valor —un cargamento incalculable que acababa de llegar de Perú fue lo que desencadenó la invasión de 1806— el tesoro por sí solo bastará para inclinar la balanza de la guerra en dirección al poseedor.*⁴⁴

La versión completa del diario la tiene Emilio, único integrante del pelotón del Mayor X que regresó al continente, pero su memoria está perturbada y no puede reproducirla. Como parte de su trabajo para Tamerlán, Félix va a verlo al hospital psiquiátrico donde está internado: “En interminables visitas, antes de darnos por vencidos, rescatamos vagas y dudosas referencias a (...) un misterioso ente que pasó de tanque inglés a tutú con arnés a ta-te-tí otra vez hasta estabilizarse en tatú cordobés.”⁴⁵ En la traducción delirante de Emilio la guerra del 82 se convierte progresivamente en la historia del siglo XIX y los orígenes de la nación. Finalmente, Félix conseguirá recuperar el texto completo del diario, que emula el tono y los tópicos de los relatos de viajeros de siglos pasados, en los que se entrelazaban el interés científico y el afán de dominación. La primera entrada del diario es del 21 de mayo de 1882 y corresponde a la llegada a las islas. El Mayor no consigue comunicarse con los nativos, hasta que consigue un traductor:

22 de mayo de 1882. Gracias al lenguaraz, mi conocimiento de los nativos y sus costumbres se ha acelerado notablemente. Se denominan a sí mismos kelpers, que en su idioma significa algo así como “el hombre” o

*“los hombres”. ;Hasta nuestra llegada pensaban que eran los únicos sobre la tierra! Y no puede culpárselos, considerando el aislamiento del territorio y la precariedad de sus medios de navegación. La palabra kelp la aplican también a cierta especie de larga alga correosa, muy abundante en esta agua, con lo cual conjeturé que se ven a sí mismos como hechos de algas...*⁴⁶

El encuentro con el habitante de las tierras desconocidas en las que se incursiona constituye uno de los momentos fundamentales de los relatos de viaje que el diario del Mayor X a la vez emula y parodia. En el caso de la guerra del 82, el encuentro con los isleños también es un momento importante, y perturbador. Pues el lugar al que se llega no parece Argentina y sus pobladores son completos extraños: no sólo hablan otro idioma, tienen otras costumbres y otra apariencia; además reciben con hostilidad y rechazo a los argentinos, cuya llegada interpretan como una invasión y no como una liberación.⁴⁷ Muchos testimonios de soldados hacen referencia a esta disonancia que provocan los isleños en relación con lo que se esperaba encontrar: “Es una sensación bastante extraña: uno sabía que esa tierra era nuestra, pero veía gente que ni siquiera hablaba nuestro idioma”;⁴⁸ “Los tratábamos como si fuesen nuestros aliados pero en realidad nunca lo fueron. Las directivas eran: ‘Son argentinos’, pero no lo eran y nunca lo van a ser”.⁴⁹ Mientras algunos, buscaron remedar la diferencia por medio del recurso a una tierna tolerancia paternalista, otros, en cambio, la aceptaron e intentaron, dentro de sus posibilidades, conocer y comprender a los isleños. El médico

del ejército Juan Carlos Adjigovich, por ejemplo, relata cómo, al llegar a la zona donde desempeñaría sus funciones, se encargó de hacer un acta con el estado médico de todos los kelpers que había en la zona. En el acta se consignaron tanto los miembros de cada familia como sus estados generales de salud.⁵⁰ Pero los médicos no fueron los únicos que observaron a los isleños con interés científico. El subteniente Gómez Centurión, por ejemplo, incluye en su relato algunas observaciones de tinte antropológico:

Aprendí en el contacto con ellos que se trata de gente sin ningún tipo de intereses comunitarios, sin ninguna preocupación por el nucleamiento social. Sus vínculos son meramente económicos. “Kelper” es un alga de las costas de Malvinas y, realmente, el kelper tiene una psicología de alga...⁵¹

En este testimonio, el conocimiento surge como una vía de acercamiento a ese otro que a primera vista —en su diferencia— resultaba inaprehensible y permite, en cierta medida, recuperar a los isleños para la argentinidad, al asignarles unas cualidades comprensibles —aunque despreciables—. Así sean como algas, el colocarlos en un universo signifiante conocido los acerca y aplaca el terror que provoca el desconocimiento total. Dice el mismo Gómez Centurión en otra parte:

Los soldados desconfiaban de esa gente que hablaba en otro idioma, todo les era ajeno, agresivo. Yo intentaba tener una actitud más relajada, un poco más contemporizadora. Hablaba inglés y podía entenderme con ellos. Cuando entraba

a una casa, los soldados quedaban apostados afuera, muy tensos, con las armas listas.⁵²

Así, en la llegada a Malvinas se produce una suerte de cortocircuito entre lo que se esperaba encontrar y lo que efectivamente se encuentra. Tanto los isleños como el paisaje malvinense se revelan a la vez como extraños y como familiares, como argentinos y extranjeros. Pero el chispazo del cortocircuito ilumina por un instante el paisaje invisible que condiciona el visible —o: el mapa fantasmático que se superpone a la tierra—: esas imaginaciones de la nación a la que las islas pertenecen y completan, y a partir de las cuales se percibe. En *Las islas*, el 14 de junio de 1982, el Mayor X llega a la “Argentina invisible”, donde todos los próceres argentinos lo invitan con una fastuosa parrillada, a cargo de Leopoldo Lugones:

La comunidad argentina ideal, le contó el poeta mientras comían a mano y facón, entre sorbo y sorbo de vino purpúreo servido en astas de toro recamadas en plata exquisitamente labrada, había sido fundada por los argentinos residentes en Malvinas tras la ocupación de las Islas en 1830. En su forzado exilio hacia el interior de la Isla Grande habían encontrado el tesoro del tatú cordobés [...] y comprendiendo que la patria grande se vería siempre acosada por las corruptas corrientes de la historia y el mundo exterior, habían decidido fundar esa ciudadela inexpugnable en el corazón de las Islas, para mantener pura la esencia patria...⁵³

Según Felipe Félix, el diario en realidad fue escrito por el Mayor X en el campo

de prisioneros de San Carlos y constituye una versión alternativa del final de la guerra, por lo que vendría a sumarse a los muchos relatos alternativos que componen *Las islas*. Las proliferantes metáforas malvinenses y las múltiples modalidades de simulación de la

Fuckland propone comunidades cerradas, sin posibilidad de mezcla, de mestizaje, de devenir; sólo cabe que una sea invadida por la otra. El engaño y la violación se realizan sobre la base de una construcción peyorativa del otro que termina por invisibilizarlo, por volverlo nada y por una reafirmación, por exceso, de lo propio.

guerra no son, en realidad, otra cosa. En relación con esta cuestión, Martín Kohan sostuvo que *Las islas* consigue superar el reparto genérico que existía hasta entonces entre los relatos testimoniales que contaban la guerra como drama serio y las novelas y cuentos que la contaban en su versión de farsa. Kohan analiza el episodio de la “ingesta de Malvinas” en el que en un festejo los ex combatientes comen una torta con la forma de Malvinas y al hacerlo descubren que algo del gusto o la textura del bizcochuelo recuerda a la turba malvinense.

El contorno de las islas, como ícono, interpela a cualquiera; la semejanza en el sabor, en cambio, sólo es significativa para el que estuvo en la guerra y pasó hambre. La imitación, en superficie, es banal y aun farsesca: sólo que, en un corte transversal (y para que haya ingesta, es necesario hacer ese corte), hay otra imitación, igual de falsa, pero que en su falsedad llega a tocar cierta verdad: una verdad que sólo se advierte desde la experiencia del que estuvo en la guerra.⁵⁴

No es posible concluir que copia y original sean lo mismo. Por el contrario,

en los simulacros de *Las islas* las copias son más bien versiones alternativas, que al mismo tiempo que aluden al original, a la experiencia material de la guerra, se desplazan; al mismo tiempo cubren y descubren. Son, podría decirse, reversiones disléxicas de los discursos que configuran a la nación, a las Malvinas y la relación entre ambas, reversiones que consiguen situarse en esa zona fronteriza que está, a la vez, adentro y afuera, original y copia.

El mismo Gamarro sostuvo que los ex combatientes volvían del campo de batalla “no mudos sino lacónicos”.⁵⁵ En ese marco, la prodigalidad de la imaginación y la proliferación de las metáforas en *Las islas* se convierten en vías para encontrar un sentido a la experiencia y el trastocamiento del relato de la nación permite incluir en él no sólo a la guerra sino también todo lo que esta trae: su estrechos vínculos con la dictadura militar,⁵⁶ la derrota, los ex combatientes:

Dejamos un espacio preciso cuando nos fuimos, pero allá cambiamos de forma, y al volver ya no encajábamos, por más vueltas que nos dieran, en el rompecabezas; volvimos diez mil iluminados, locos, profetas malditos, y ahí andamos, sueltos por las cuatro puntas del país, hablando un idioma que nadie entiende, haciendo como que trabajamos, jugamos al fútbol, cogemos, pero nunca del todo, en algún lugar siempre sabiendo que algo nuestro valioso e indefinible quedó enterrado allá. En sueños, al menos, todos volvemos a buscarlo. ¿Entendés? No es el criminal el que vuelve al lugar del crimen. Es la víctima, bajo la tiránica esperanza de cambiar ese resultado injusto que la dañó. Andá preguntáale a los ingleses. ¿Cuántos te

*creés que quieren volver? Somos nosotros, los perdedores, los triturados, los que gritamos volveremos volveremos cada vez que alguien quiera escuchar. ¿Qué puede interesarle la revancha al ganador?*⁵⁷

Fuckland: make war/not love

Fuckland es una película filmada de incógnito en las Malvinas cuyo argumento consiste en que un argentino, Fabián Stratas, se propone seducir isleñas y embarazarlas con el objetivo de ir poblando las islas de argentinos. El proyecto fue el único en recibir, en Argentina, el certificado de autenticidad de Dogma 95 firmado, entre otros, por Lars von Trier.⁵⁸ En relación con esto, la película se presenta a sí misma como un documental filmado con una cámara de mano oculta por Fabián Stratas. En realidad, Stratas es un actor, igual que la coprotagonista femenina, Camilla Heaney. De aquí resulta una tensión entre los elementos ficcionales y documentales que sirve de base para una redefinición del género de la película como “ficción/verdad”, según el cual el mismo proceso de filmación suponía para el director, José Luis Marqués, averiguar “cómo la realidad iba a modificar lo que yo proponía como ficción, y cómo, paralelamente, la ficción iba a intervenir sobre la realidad transformando esa relación de ida y vuelta en un montaje cinematográfico”.⁵⁹ Esa “realidad” es, principalmente, la de las circunstancias de clandestinidad en que se realiza la filmación. En total, viajaron siete personas, en tres grupos de dos y Fabián Stratas solo. Cada grupo fingió no conocerse con los otros y llevó

pensada una historia, una “pantalla” que justificara su presencia en las islas. Así, “las islas fueron el escenario de tres historias simultáneas: la que fuimos a filmar, la de nuestras pantallas y la de la realidad en sí”.⁶⁰ Los siete miembros del equipo, entonces, entran en Malvinas en secreto, clandestinamente, con historias falsas.

Según Marqués, *Fuckland* es una versión libre de la famosa frase usada durante la guerra de Vietnam: “Make Love/Not War”. Pero el doble engaño que traza la película, el del equipo ante las autoridades migratorias y el de Stratas ante las isleñas, tiñe el amor con los tonos de la violencia. En efecto, no es amor lo que siente el protagonista por Camilla sino más bien todo lo contrario: es un odio mal disimulado con cenas románticas y paseos por los campos de batalla, un odio acumulado durante más de un siglo ante esos seres doblemente rebajados –son kelpers y mujeres–. Como consecuencia, no nacerá un niño fruto del amor, nacerá un argentino idéntico a su padre, lleno de odio hacia todo lo que no es argentino. Más verosímiles resultan, en todo caso, otras formulaciones de Marqués: “El objetivo del personaje es ‘sembrar semen argentino’ (...) Algo así como ‘Haga patria, embarace una kelper’”.⁶¹ Embarazar una kelper supone entrar a su cuerpo y poseerlo, hacer en él la patria como quien utiliza un recipiente. Antes de tener relaciones con Camilla, Stratas pincha los preservativos con un alfiler.

En su reescritura de la frase de Vietnam, Marqués separa al amor de la guerra con la misma barra que aparece antes en la definición genérica; aquí también, más que separar, la barra supone una zona de frontera, de contacto siempre violento, intromisorio, bélico,

aunque, al mismo tiempo, *Fuckland* parece olvidar la guerra y eludir así la posibilidad de darle un lugar en la historia argentina.⁶² En una de las primeras escenas de la película, se nos muestra a un militar que, subido a la cinta que transporta los equipajes, advierte a los recién llegados sobre el peligro de las minas antipersonales que quedan en el territorio. En la escena siguiente, mientras Stratas sale del aeropuerto y toma un taxi, su voz en off dice: “Linda bienvenida. La culpa es nuestra, los que pusimos las minas fuimos nosotros”. En la misma línea, el reclamo que más adelante le hace Stratas a Camilla: los kelpers, pese a ser cordiales, son cerrados. Desde su actitud belicosa y soberbia, Stratas alternativamente se burla y se enoja frente al rechazo kelper que, tal como es presentado en la película, no tiene relación con la guerra sino que es la prueba más fehaciente de la maldad y la estupidez de los isleños frente a

quienes, nuevamente, la argentinidad se connota positivamente y se convierte en lo único racionalmente deseable. Entre las primeras imágenes de las islas aparecen las de un sinnúmero de bares, pubs, tabernas, hombres y mujeres bebiendo, tachos de basura rebosantes de botellas vacías. Los kelpers son, entonces también, borrachos y piratas, según colige Stratas a partir de los elevados precios de las cosas. El relato que emerge, entonces, es el de un rechazo absurdo que tanto Stratas con su misión como la película al mostrarlo se proponen corregir. Al visitar un bar, en lo que él denomina “fase de exploración”, previa a la “temporada de caza”, Stratas imagina conversaciones con los parroquianos que, desde su punto de vista, sólo conseguirían eludir la violencia si él negara ser argentino: “Qué aburrido que está esto... Acá el ‘Te veo cara conocida’ no va a funcionar... Hi, my name is Fabian. I’m from Argentina. Y

Las islas. Dirección de Alejandro Tantanián



me cagan a trompadas. Hola, ¿qué tal?, ¿cómo estás? ¿Hablás español? No, no, yo soy uruguayo, ¿tá? No, a los argentinos no los bancamos, se creen que son no sé qué”.

En este sentido, *Fuckland* propone comunidades cerradas, sin posibilidad de mezcla, de mestizaje, de devenir; sólo cabe que una sea invadida por la otra. El engaño y la violación se realizan sobre la base de una construcción peyorativa del otro que termina por invisibilizarlo, por volverlo nada y por una reafirmación, por exceso, de lo propio. Aquí, a diferencia de los testimonios que mencionamos antes, no llega a producirse el cortocircuito entre lo que se espera encontrar y lo que se encuentra. Las imaginaciones previas se superponen con violencia al paisaje y a los isleños, pretendiendo abarcarlo todo y volviendo muy difícil que algo externo permee la propia mirada.

Sin embargo, las fronteras, en tanto zonas de contacto, terminan por revelarse más vulnerables o al menos más problemáticas de lo que se quisiera. La idea misma de embarazar kelpers como forma de hacer patria que se enuncia en el libro configura las Malvinas como una tierra fronteriza donde la patria aún no está hecha, donde hay un vacío, que el hombre argentino llenará. Pero al vaciarse, las Malvinas se convierten en una “geografía vacante abierta a la imaginación” donde puede aparecer lo heterogéneo, lo nuevo. En efecto, es en las fronteras donde se producen las migraciones, los movimientos, lo que escapa al control. Las fronteras tienen dos caras y por eso son, ante todo, la zona ambigua de la nación.⁶³ En ese sentido, el otro no viene nunca totalmente de afuera, no es nunca un completo extranjero. En la afirmación excesiva y totalizante de la argentinidad

aparece como reverso, como sombra, como grieta, una imagen del otro que, a la larga, puede corroer las sólidas imaginaciones de la nacionalidad.

En *Fuckland*, una resistencia puede percibirse, en efecto, sobre la barra que busca separar la ficción de la realidad, el amor de la guerra, las buenas intenciones o la ironía de la violencia. Y es allí donde las cosas pueden salirse de control. Dice Marqués que lo más complicado de

de la ficción/verdad era resistirse a la voluntad de control. No sólo porque el género exige la intromisión del azar en el armado de la trama, sino también porque una vez en las islas se torna riesgoso hablar con

los actores que se convierten así en sus propios directores, mientras que la identidad del director permanece invisibilizada por la “pantalla” creada para entrar a las islas. Y eso que avanza sobre todo destruyendo las barreras de contención creadas, eso que elude el control, es precisamente el exceso de argentinidad de Stratas y, como contrapartida, la molestia de Camilla:

Camilla llegó a sentirse verdaderamente una traidora a su patria, Fabián empezó a resentirse con los ingleses. Estos estados de ánimo empezaron a invadir el territorio de la ficción (...) Por momentos me parecía que esa idiosincrasia argentina sobre la cual yo me proponía ironizar se exacerbaba demasiado en el personaje de Fabián y adquiría un

A partir de la guerra se producen una serie de desajustes entre las imaginaciones previas de Malvinas y la experiencia de los soldados: la guerra, en definitiva, confirma la configuración de las Malvinas como tierra de frontera que, en un sentido más acotado –sin la dimensión bélica– ya aparecía en el siglo XIX.

protagonismo en la historia que iba más allá de lo que yo me había propuesto. Me invadía el deseo de controlar esta situación, de aplacar las 'argentinadas'. Hubo días en los que me rebelaba contra mis propias promesas de no-control (...) Pero me aferré a la esencia del proyecto; solamente debía controlar mis ansias de control. Era la realidad, en definitiva, la que estaba actuando y potenciando la ficción.⁶⁴

Difícilmente pueda sostenerse, sin embargo, que las “argentinadas” de Fabián estén potenciando la ironía de la película. Por el contrario, son tan extremas que no dejan lugar para un punto de vista diferente que posibilite el contrapunto de la ironía y despiertan, además, el malestar de Camilla. La complicidad con la “argentinada” extrema no puede menos que hacerla sentir una traidora y es precisamente a partir de esta incomodidad que la noción cerrada y ubicua de “lo argentino” que propone la película comienza a revelar, en sus bordes, la presencia de algo ajeno. El resultado, es una ficción que comienza a resquebrajarse. En efecto, de esta situación entre Camilla y Fabián nace la principal modificación del guión de la película: “Yo me sentía un poco responsable del conflicto entre ellos, así que transformé la idea original del ‘cazador’ en una situación de ‘cazador cazado’. De ahí surgió la idea del monólogo final de Camilla que cierra la película.”⁶⁵ En ese monólogo, que Fabián encuentra grabado en su cámara al volver a Buenos Aires, Camilla revela que lejos de ser una pobre víctima engañada por las irresistibles dotes seductoras del argentino, nunca le creyó e incluso, se aburrió con él. Aunque la duda de si

Camilla finalmente queda o no embarazada nunca se despeja, cabe suponer, a partir de este final, que en todo caso su hijo no sentirá por la Argentina ni por su padre el amor que Stratas supone inevitable. La madre opone su cuerpo, se resiste a ser un recipiente y reivindica la posibilidad y la potencialidad de la mezcla, el resultado azaroso del encuentro entre los cuerpos que la película niega. De modo que, esté embarazada o no, el exceso de soberbia de Fabián termina por arruinar los planes. Y no sólo en el plano de la historia, también en el plano de la película, allí donde la reacción más natural de los espectadores es irritarse con Fabián, identificarse con Camilla y celebrar su breve pero contundente resistencia final. De este modo, no sólo se repiten los términos de la invasión de 1982, también se repite, inevitablemente, su resultado. Es necesario agregar una escena para reparar el daño moral infligido a Camilla, las islas vuelven a quedar en manos de los ingleses y el odio se reactualiza.

Consideraciones finales

En el siglo XIX, José Hernández requirió una descripción efectiva del paisaje como punto de partida para elaborar sus propias reflexiones sobre las Malvinas y sus vínculos con la nación argentina. Pero, por la misma época, la cuestión apareció en un poema, una producción literaria, de Martín Coronado. A comienzos del siglo XX, Paul Groussac buscaba dotar a las Malvinas de una discursividad fundada exclusivamente en el método científico, esto es, despojada de todo contenido falso; pero se encontró en cambio con una superposición entre

la dimensión imaginaria y la realidad comprobable empíricamente.

Después de la experiencia traumática guerra, algunas lecturas pondrán el énfasis del lado de la imaginación. María Isabel Menéndez⁶⁶ define las Malvinas como una “tierra de sueños”, en el sentido de que su incorporación al territorio nacional se realiza sobre una base imaginaria, un anhelo que a lo largo de la historia ha adoptado la forma de una tradición. Esta tierra de sueños es más significativa para la construcción de una identidad nacional que el territorio que efectivamente se posee, en tanto representa un espacio vacío, desconocido, susceptible de ser llenado con las propias aspiraciones. En la misma línea, Gamero postula que las Malvinas son como un “Test de Rorschach”, “esas manchas en las cuales el paciente puede reconocer las formas del delirio o el deseo, y el médico estudiar las de su locura.”⁶⁷ Para la mayoría de los argentinos, que no han visto imágenes de ellas antes de la guerra, las Malvinas son dos siluetas vacías en el mapa. Incluso, el ex combatiente Roberto Herrscher, sostiene que las Malvinas son “lo que creen y piensan los millones que nunca pisaron la turba porosa ni sintieron ese endemoniado viento, siempre del mismo lado, ni respiraron esa mezcla de olor a pólvora de afuera, suciedad del propio cuerpo y miedo más adentro.”⁶⁸

Sin embargo, en una suerte de movimiento circular, ese vaciamiento de realidad que supone el énfasis en lo imaginario posibilita la aparición de lo inesperado, de que se escapa a las nociones preconstruidas y al control. A partir de la guerra se producen una serie de desajustes entre las imaginaciones previas de Malvinas y la experiencia de los soldados: la guerra, en

definitiva, confirma la configuración de las Malvinas como tierra de frontera que, en un sentido más acotado –sin la dimensión bélica– ya aparecía en el siglo XIX. Así, en *Fuckland*, la “verdad” hace renacer el odio entre los protagonistas de la “ficción”; en algunos relatos testimoniales los isleños se desencajan permanentemente de la idea de que son argentinos o de que tal vez un día quieran serlo; el Mayor X incursiona, como los viajeros de la conquista, en una tierra desconocida pero se encuentra allí con la “Argentina invisible”, por otra parte, su diario tal vez sea en realidad una reescritura fantasiosa del final traumático de la guerra. Malvinas se configura, desde el siglo XIX pero sobre todo después de 1982 como una tierra de frontera: a la vez bella e inhóspita; un desierto lleno de imaginaciones, una tierra nuestra y en parte extranjera.

En su libro sobre los relatos de guerra modernos, Samuel Hynes⁶⁹ postula que, genéricamente, estos relatos guardan relación, previsiblemente, con la historia y con la autobiografía. Pero, agrega, también con los relatos de viaje. Pues las guerras, sostiene, suelen pelearse en lugares extraños, ajenos, *unfamiliar*, es decir, que no se parecen en nada a lo conocido. Por eso, el narrador va a tener que dar cuenta de esos lugares y describir su propia incursión en esa existencia “otra”. Sin embargo, al mismo tiempo, los relatos de guerra se diferencian de los relatos de viaje, en tanto, aunque logren volver la guerra vívida, no logran volverla familiar. Por el contrario, muestran cuán “unfamiliar” es, qué extrañas y desoladas son sus escenas, de cuántas maneras la guerra es la antítesis del mundo que el autor y sus lectores habitan. La guerra, sostiene Hynes, convierte al paisaje en

un “anti-paisaje”. En ese sentido, la tensión que aparece, en las representaciones de Malvinas, entre la pertenencia y la ajenidad, el adentro y el afuera, puede tal vez repensarse en el marco de una tensión propia de todo relato de guerra entre lo familiar y lo “unfamiliar”, que es, además, el equivalente del “unheimlich” freudiano, lo que alguna vez fue familiar y se volvió extraño y que se torna siniestro por la dificultad de nombrarlo en esa nueva, recientemente adquirida, extrañeza.

En cualquier caso, frente a esa múltiple dimensión fronteriza de las Malvinas después de 1982, hay distintas reacciones. Más allá de los relatos testimoniales, que presentan sus propias problemáticas, las nuevas imaginaciones de Malvinas toman dos caminos

principales. Unas, intentan forzar la realidad para hacerla encajar en sí mismas y en los relatos de la nación que las sostienen; cuando algo escapa al control, logra filtrarse y ejercer alguna resistencia, hacen todavía más fuerza. El resultado son unas ficciones que no corroen la verdad ni la multiplican sino que se enfrentan, bélicamente, a ella. Otras imaginaciones, en cambio, reformulan los imaginarios para darle lugar a ese desajuste que la guerra siempre trae; es decir, reelaboran esa superposición del territorio con el mapa fantasmático, brumoso, de la guerra y producen así una proliferación de los mundos posibles. Estas ficciones repiensen la historia para darle lugar a lo nuevo, a lo extraño, a lo que no encaja, a lo siniestro.

NOTAS

1. Benedict Anderson define la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión”. Es decir, las comunidades nacionales conllevan un proceso de creación, de producción de imaginarios que no se equipara a una invención en el sentido de “falsedad”. Cf. Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, México D.F., FCE, 2007, p. 23.
2. Cf. Guber, Rosana, *¿Por qué Malvinas?*, Buenos Aires, FCE, 2001.
3. Garibotto, Verónica, *Contornos en negativo: reescrituras posdictatoriales del siglo XIX (Argentina, Chile y Uruguay)*, University of Pittsburgh, 2008, p. 7; disponible en <http://etd.library.pitt.edu/ETD/available/etd-04132008-155147/unrestricted/VeronicaGaribotto2008.pdf>.
4. *Fuckland*, Dir. José Luis Marqués, Atomic Films, 2000.
5. En 1982, “La cautiva”, de Martín Coronado, fue incluido en el ciclo “Los poetas cantan a las Malvinas”, transmitido por Radio Nacional y Radio Municipal de Buenos Aires, el cual un año después dio origen a un libro: Müller, Agueda (selec.), *Nuestros poetas y las Malvinas*, Buenos Aires, Corregidor, 1983, pp. 67-71. Todas las citas del poema pertenecen a esta edición.
6. Cf. Prieto, Adolfo, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1850*, Buenos Aires, FCE, 2003.
7. Echeverría, Esteban, *La cautiva/ El matadero*, Buenos Aires, Colihue, 2002.
8. Rodríguez, Fermín, *Un desierto para la nación*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010, p. 14.
9. Rodríguez, op. cit., p. 13.
10. Rodríguez, op. cit., p. 15.
11. Masotta, Carlos, “Escatologías del confín y nostalgias del último oná en Tierra del Fuego”, en *Actas del X Congreso de Antropología Social*, Buenos Aires, 2011; disponible en <http://www.xcaas.org.ar>
12. Hernández, José, *Las Islas Malvinas*, Buenos Aires, Corregidor, 2006, p. 25.
13. Laserre, Augusto, “Descripción de un viaje a Malvinas”, en Hernández, op. cit. p. 35.
14. Groussac, Paul, *Las islas Malvinas*, Buenos Aires, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, 1936, p. 12.
15. Groussac, op. cit., p. 13.
16. Groussac, op. cit., p.15.

17. Darwin, Charles, *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Madrid, Akal, 2009, p. 256.
18. Darwin, op. cit., p. 256.
19. Groussac, Paul, *Las islas Malvinas*, Buenos Aires, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, 1936, p. 12.
20. Bouganville llegó a las islas con otros marinos franceses provenientes de Saint-Malo. De allí, el nombre de Malouines, castellanizado "Malvinas", que Groussac reivindica, contraponiéndolo al de Falklands.
21. Aquí se encuentra el origen de la denominación de Malvinas como Islas Sebaldinas.
22. Groussac, Paul, *Las islas Malvinas*, Buenos Aires, Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, 1936, p. 73.
23. Groussac, op. cit., p. 73.
24. Groussac, op. cit., p. 77.
25. Groussac, op. cit., p. 81.
26. Groussac, op. cit., p. 81.
27. Groussac, op. cit., p. 81.
28. Groussac, op. cit., p. 83.
29. Groussac, op. cit., p. 84.
30. Groussac, op. cit., p. 87.
31. Groussac, op. cit., p. 87.
32. Groussac, op. cit., p. 88.
33. Groussac, op. cit., p. 81.
34. Groussac, op. cit., p. 91.
35. Lorenz, Federico, *Fantasmas de Malvinas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2008, p. 106.
36. Gustavo Caso Rosendi nació en La Plata en 1962 y durante la guerra de Malvinas estuvo emplazado con su Regimiento precisamente en el Monte Longdon. Cf. Caso Rosendi, Gustavo, *Soldados*, Buenos Aires, Ministerio de Educación, 2009.
37. Lorenz, Federico, *Fantasmas de Malvinas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2008, p. 157.
38. El epígrafe dice: "Un paisaje invisible condiciona el visible" y pertenece al libro *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino.
39. La otra es, sin dudas, *Los pichiciegos*, escrita en junio de 1982. Cf. Fogwill, Rodolfo, *Los pichiciegos*, Buenos Aires, Interzona, 2006.
40. Gamarro, Carlos, *Las islas*, Buenos Aires, Simurg, 1998, p. 541.
41. López, María Pía, "Soldados, testigos y escritores" en Carbone, Rocco y Ojeda, Ana (comps.), *De Alfonsín al menemato (1983-2001)*, Buenos Aires, Paradiso, 2010, p.158.
42. Gamarro, Carlos, *Las islas*, Buenos Aires, Simurg, 1998, p. 61.
43. Gamarro, op. cit., p. 70.
44. Gamarro, op. cit., p. 69.
45. Gamarro, op. cit., p. 64.
46. Gamarro, op. cit., p. 444.
47. A los soldados se les pedía que trataran a los isleños como a compatriotas y los mismos mandos militares tendieron a mostrar una consideración hacia ellos que no mostraron con su propia tropa. Cf. Gamarro, Carlos, "14 de junio, 1982" en *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Norma, 2006. Sobre los maltratos infligidos por los militares a los soldados: Cf. Kon, Daniel, *Los chicos de la guerra*, Buenos Aires, Galerna, 1983; Ayala, Juan, *Malvinas, la primera línea*, Buenos Aires, Libros del Náufrago, 2012; Niebieskikwiat, Natasha, *Lágrimas de hielo*, Buenos Aires, Norma, 2012.
48. Cittadini, Fernando y Graciela Speranza, *Partes de guerra*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, p. 36.
49. Cittadini y Speranza, op. cit., p. 41.
50. Cf. Cittadini y Speranza, op. cit.
51. Cittadini y Speranza, op. cit., p. 37.
52. Cittadini y Speranza, op. cit., p. 41.
53. Gamarro, Carlos, *Las islas*, Buenos Aires, Simurg, 1998, p. 468.
54. Kohan, Martín, "El fin de una épica", en *Punto de vista*, N° 64, 1999, p. 9.
55. "Mi descubrimiento personal fue que los soldados volví de Malvinas no mudos sino lacónicos. Me miraban como si supieran de antemano que yo no iba a entender, que las mismas palabras significarían, para nosotros, cosas diferentes. Entre ellos, en cambio, se entendían perfectamente. Cada palabra que usaban, como 'frío', 'pozo de zorro', 'balas trazadoras', 'bombardeo naval', desbordaba de paisajes, situaciones y vivencias definidas y precisas, infinitamente ricas y sugerentes, aterradoras, intolerablemente vívidas. Uno de ellos las pronunciaba; los otros asentían, generalmente mudos. Para hablar conmigo, todas las palabras parecían insuficientes; para comunicarse entre ellos, las palabras eran casi innecesarias: lo mismo valían los silencios y los gestos". Gamarro, Carlos, "Tierra de la memoria", en *Radar, Página/12*, Buenos Aires, 11 de abril, 2010.
56. En efecto, uno de los rasgos fundamentales de la guerra que Felipe Félix conseguirá ir recordando a medida que avanza la historia es su vinculación con la dictadura; esto es, concretamente, que fueron los mismos

hombres los que las llevaron a cabo, los cuales muchas veces emplearon en el frente los mismos métodos de tortura que empleaban en lo que para ellos constituyó “la guerra” contra la subversión (Cf. Lorenz, Federico, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006). De hecho, la revelación de la identidad del misterioso Mayor X tendrá mucho que ver con su pasado de torturador.

57. Gamberro, Carlos, *Las islas*, Buenos Aires, Simurg, 1998, p. 404.

58. Sin embargo, durante el rodaje y la edición posterior se cometen una serie de violaciones al manifiesto del dogma, como por ejemplo, en la escena final, se viola la segunda máxima del Dogma que prohíbe la superposición de sonido e imagen. Cf. Vitullo, Julieta, *Islas imaginadas*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.

59. Marqués, José Luis, *Fuckland. Cine ficción/verdad*, Buenos Aires, Atomic Films, 2000, p. 9.

60. Marqués, op. cit., p. 33.

61. Marqués, op. cit., p. 12.

62. Cf. Vitullo, Julieta, *Islas imaginadas*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.

63. Cf. Bhabha, Homi (comp.), *Nación y narración*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

64. Marqués, José Luis, *Fuckland. Cine ficción/verdad*, Buenos Aires, Atomic Films, 2000, p. 71.

65. Marqués, op. cit., 71.

66. Cf. Menéndez, María Isabel, *La “comunidad imaginada” en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, EUDEBA, 1998.

67. Gamberro, Carlos, “14 de junio, 1982” en *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos*, Buenos Aires, Norma, 2006, p. 64.

68. Menéndez, María Isabel, *La “comunidad imaginada” en la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, EUDEBA, 1998, p. 11.

69. Cf. Hynes, Samuel, *The soldiers’ tale*, New York, The penguin press, 2001.



EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL



OBRA
León
Rozitchner

colección
alemanes



COLECCIÓN LOS RAROS



QUELONIOS